

Un reloj antiguo

Cuando yo era pequeño
en mi casa de campo
había un reloj cuyo tic-tac monótono,
toda mi infancia se pasó sonando.

Muy viejo era el reloj y se encontraba
sobre un armario viejo colocado,
pero su corazón latía con fuerza
como latiera en sus mejores años.

A mi alcoba llegaba su latido
hasta llevarme al sueño en su regazo,
y al despertar era el primer saludo
en el amanecer claro y diáfano.

Yo amé la voz de mi reloj antiguo
y encontré en ella singular encanto,
y a pesar de ser viejo,
y más aún que viejo centenario,
fue mi mejor amigo
y el amigo más fiel que he tropezado.

Vendimos nuestra casa, y un mal día
llegó el reloj a la ciudad ltorando;
yo le puse en mi alcoba y oí con pena
su corazón latiendo con cansancio
en arritmia mortal, hasta que un día,
al despertar, me lo encontré caltado.

Andando, de hombre ya, de un lado a otro,
lejos, muy lejos de mis dulces campos,
¡Qué hondo dolor al acostarme solo
sin escuchar a mi reloj de antaño!

Baldomero Díaz de Entresotos

ESPAÑA LIRICA

El tesoro de Juan de la Plata

Por MANUEL OSTOS GABELLA

POR fin hemos logrado descubrir a un poeta con méritos de tipos colosales; un poeta de talla agigantada, de enorme condición, con voz descomunal, porque suena a montaña quebrada, a ciclón de potencia universal que los siglos y el mundo admirarán; un poeta fantástico, granítico, ¡genial!:

Desenaja las uñas de tu camisa...
Silbale a la luna tu canción de sal...

¡Qué maravilla de versos! ¡Cuánta y qué grande es la poesía que lleva en las uñas de la camisa el monumental Juan de la Plata! Se lo regalamos a la Emperatriz de la Rima, para el adorno de su corona, porque ésta si que es verdadera y grande poesía y no aquella birria que decía:

Raya, dorado sol, orna y colora
del alto monte la lozana cumbre.
Sigue con agradable mansedumbre
el rojo paso de la blanca aurora.

Esto no vale; es falso y está pasado de moda, como la palabra *doncella*; hoy se dice chica y se nombra *Maruchi*; porque resulta más elegante y poético, como los versos de Juan de la Plata:

En el blanco de tus ojos
yo guardo mis pantalones y mi alma.

Aquí en el bolsillo de los pantalones, está la esencia del poema y no en aquellos esperpentos que antes se escribían:

Erguida la frente, la mano segura,
levanto mi orgullo que estalla en bravura;
y, ardiendo en chispazos
de cárdena lumbre,
lo doy en pedazos
a la muchedumbre,

como una montaña que da a la llanura
pedazos de cumbre.

El autor de esta estrofa, como casi todos los de su tiempo, era un pelmazo que se figuraba a la belleza y al bien escribir como sinónimos de la buena poesía, cuando la realidad aboga lo contrario. como Juan de la Plata lo demuestra:

Arracima la leña y busca la aurora
en el vientre de todas las águilas.

¡Ay, Homero de mis entretelas! Qué estrecha te viene la fama y qué corta se te queda la gloria, en consonancia con la que Juan de la Plata se adjudica. ¿Qué significan los méritos de tu «ILIADA», cotejándolos con el tesoro de Juan de la Plata? Tú, viejísimo Homero, habías dicho una tontería, cuando exclamaste en «LA ILIADA»:

¿Qué sois, mortales? Hojas que en estio,
desde la copa que se eleva al cielo
cubris la tierra con dosel sombrío
y al peregrino errante dáis consuelo.
Pero los soplos del Noviembre frío
os barrerán, ya secas, por el suelo
y cuando fuéreis pasto de la llama,
con nuevas hojas se ornará la rama.

Esto no es serio, ni merece la pena conservarlo, por lo que mi Juan de la Plata te desahucia de la inmortalidad que él viene reclamando.

¡Tu castigo, vetusta Homero, está merecido, por no haberte anticipado a mi Juan! Escúchalo, escúchalo y comprueba la grandeza de este poeta jerezano que glorifica a estos tiempos con la elocuencia de su poesía:

Pon sobre tu pecho un pisapapeles verde
y cinco mariposas desaladas.

Ahora comprenderás que la inmortalidad no estaba reservada para ti, ni para ningunos poetas de tu pobrísima altura, porque la inmortalidad estaba esperando a mi Juan de la Plata para refugiarse en el templo de sus versos, para quien escribió el botarate Espronceda:

De la Plata, levanta tu frente.
Pon tu labio en su eterno raudal.
Tú serás, como el sol en oriente;
¡tú serás, como el mundo, inmortal!

Y nada más, amigos: Roguémosle al cielo y a sus dioses por la eternidad de este Juan de la Plata que glorifica a los versos con la excelcitud de su ingenio, nunca en el mundo igualado,

¡Sólo el poeta...!

I

Sólo el poeta descubre
de la tierra, mar y cielo,
—impulsado por las musas—,
sus más profundos secretos.
Y él sólo percibe claro
la majestad de lo bello
que encierran virtud y vida
en lo grande y lo pequeño.

¡Sólo los poetas saben
la canción del universo!

II

Sólo el poeta concibe
lo fantástico y quimérico
como una cosa real
y no vagorosos sueños.
Y los siente y los describe
cual si todo fuera cierto,
encadenando al que escucha
con sus mágicos acentos.

¡Sólo los poetas gozan
de divinos privilegios!

III

Y en su mente nacen
los puros ensueños
que, luego, ambiciosos,
cobran alma y cuerpo
en la música leve
de inaudibles versos
que viven y cantan
muy dentro, muy dentro...

¡Sólo los poetas cantan
con su corazón abierto!

IV

¿Escuchaste, acaso,
el rítmico y ledo
temblor de la sombra
y al mudo silencio?
Y la luz cegadora
de los pensamientos
creadores de mundos,
reales o inciertos,
¿la viste, radiosa,
sin dormir, durmiendo?